

# El Loco

María Pérez © 2021



“En asuntos de amor, los locos son los que tienen más experiencia. De amor no preguntas nunca a los cuerdos; los cuerdos aman cuerdamente, que es como no haber amado nunca”.

~ Jacinto Benavente ~

El segundo día del segundo mes del año no tenía un significado especial para César, salvo que se trataba de un día festivo en su tierra natal y habitual lugar de residencia. Sin embargo, sentía una inquietud interna extraña que le llevó a buscar como un autómatas el perfil de Magda en las redes sociales. No se daba cuenta de lo irónico que resultaba el hecho de que, según Facebook o Instagram, ellos ni eran ‘amigos’, ni seguidores mutuos. Que dos almas se busquen más allá de lo humanamente permitido, quedaba fuera de la jurisdicción y competencias de la Inteligencia Artificial.

“Feliz día de la promesa de un nuevo comienzo”, había publicado ella aquella mañana:

“El principio femenino comienza a agitarse bajo la superficie inerte.

Su calor templará la frialdad improductiva y permitirá el inicio de un nuevo y fértil campo de infinitas posibilidades.

Una nueva primavera se acerca y con ella, un nuevo despertar a la vida.

El ciclo nunca se detiene.

La vida siempre nos regala un nuevo comienzo.

No busques la luz al final del túnel.

Mira bajo tus pies y siente el calor que te empuja hacia adelante.

La luz más poderosa, nace de la oscuridad”.

Una poderosa imagen de Perséfone que, desnuda y envuelta en fuego, comienza a desparecerse, despertando de su hibernación en el mundo subterráneo, ilustraba el texto, igualándolo en profundidad e intensidad.

Ella era su luz... y su oscuridad. Habían pasado muchos meses ya desde que tomara la decisión de no volver a verla. Y en su cabeza parecían habitar desde entonces dos voces persistentes: la que le hacía sentirse orgulloso de su decisión y le repetía incansablemente que había hecho ‘lo correcto’ y la otra voz, que le hacía sentir una culpa infinita, por haber roto un corazón inocente y haber traicionado una especie

de pacto 'álmico' que no lograba comprender pero que sin embargo intuía y sentía de una forma inexplicable. En su mente se cruzó la paradoja de tener que tomar una decisión sobre la decisión que había tomado...

Tomar una decisión. Cómo odiaba esas tres palabras juntas. Si además, venían precedidas por un tiempo verbal en modo imperativo como 'debes', la frase resonaba en el interior de su cabeza, como el eco de las trompetas del Apocalipsis. Nunca le gustaron las encrucijadas. Especialmente si se trataba de elegir entre dos opciones que no garantizaban, en ningún caso, la resolución del 'crucidrama' al que se enfrentaba. Sí, crucidrama. Así era como su amiga, la psicoterapeuta rumana Dana Scurtulescu, denominaba a esas vicisitudes de la vida que provocan un conflicto interno en el que mente y corazón se convierten en seguidores de doctrinas antagónicas.

Ese estado de combate en el alma, era como los cruces de caminos que desde niño le provocaban un rechazo visceral. Le recordaban inevitablemente a una historia que le contó, hacía muchos años, el bedel del colegio en una tarde lluviosa mientras esperaban el autobús escolar en la entrada del edificio. Aquel día, llegaba con inusual retraso a causa de un accidente de tráfico sucedido a la altura de una bifurcación en la carretera cercana a la salida del pueblo: "Espero que no se haya matado justo ahí —le dijo el conserje haciendo referencia al conductor del vehículo siniestrado, mientras se santiguaba—, porque se quedará como alma en pena". Por lo visto, según el subalterno del centro escolar (que no era precisamente la alegría de la huerta), existía una creencia de origen medieval que afirmaba que morir en un enclave impide a las almas encontrar el camino hacia la otra vida. El viejo conserje le explicó que, en un documental televisivo que había visto recientemente, afirmaban que durante el Medievo, la Iglesia sostenía que en los cruces de caminos habitaba el mismísimo diablo. Hasta tal punto era así, que una de las decisiones del Concilio de Trento — aseguraba el bedel cerrando los ojos y abriendo la caja de los truenos en la mente del pequeño César— fue construir cruceros en dichos emplazamientos y en las entradas de los pueblos, con el fin de bendecir y santificar estas zonas infernales.

Afortunadamente, no hubo que lamentar ninguna muerte por aquel incidente en la carretera, pero aquella historia acentuó la repulsa que sentiría ya para siempre por los ‘vórtices del demonio’, como solía llamarlos.

Tomar una decisión. Por un lado, el camino supuestamente fácil. No hacer nada. Seguir los mandatos del orden establecido y ‘dejar la fiesta en paz’. No sacudir más las estructuras de una vida ya construida, a pesar de las grietas que van resquebrajando el suelo sobre el que se sostiene. Bastaría con mirar hacia otro lado, hacia el lado de lo social y moralmente correcto, mantener alma y corazón en estricto régimen de visitas y acudir a algún que otro somnífero cuando despertara el recuerdo de aquellos instantes imborrables, en los que se paraba el tiempo y se sentía completamente conectado a alguien de una manera indescriptible. Si el ‘molesto’ recuerdo persistía, siempre podría ahogar la tristeza en uno de esos buenos vinos tan acordes con el anacrónico estatus social al que estaba dispuesto a seguir pegado como una lapa de mar. Le había costado tanto llegar hasta dónde había llegado... Pero, ¿a dónde había llegado exactamente?

La segunda opción, era simplemente el camino tenebroso de la incertidumbre. Era el tránsito por el aterrador sendero de la coherencia interna. Era la senda del precipicio por la que no podría caminar con armaduras, ni máscaras. Una absoluta locura...

César permaneció ensimismado hasta que sonó el timbre de la puerta y sintió, con alivio, que la realidad cotidiana le salía, una vez más, al rescate.

Al otro lado del umbral, estaba Rosa, la inquilina de la vivienda situada justo en la planta de arriba, sobre el apartamento de César. Era una mujer encantadora, de unos cincuenta y tantos años que vivía con su madre, doña Candelaria, una señora octogenaria a la que se le había diagnosticado hacía apenas unos meses, un principio de demencia senil. Rosa se disculpó anticipadamente por el extraño favor que le iba a pedir y pasó a narrarle los hechos que la habían conducido a solicitar su ayuda: Era la hora del almuerzo y se disponía a preparar una ensalada con una inmensa lechuga ecológica que había comprado esa misma mañana en el Mercado Central. El caso es que, del interior de la lechuga brincó un espectacular saltamontes

hasta la mesa de la cocina, causándole a la dueña de aquella planta herbácea comestible una inesperada subida de los niveles de cortisol en su sangre.

— ¡Ay, César! Les tengo pánico a esos bichos. ¿Tú podrías subir y echarlo por la ventana?

— César no pudo evitar reírse imaginando la escena. Pensó que Rosa exageraba un poco describiendo al insecto pero, cuando entró en la cocina y vio aquel ejemplar, tragó saliva. Sin embargo, no dudó ni por un segundo en cumplir con la misión encomendada por su encantadora vecina, ya que ella le había rescatado a él hacía apenas un momento, del obsesivo pensamiento que amenazaba de nuevo con romperle sus férreos esquemas mentales. Y César no quería sentir el dolor de aquellas roturas.

Ayudándose con un paño pudo inmovilizar al bicho y llevarlo hasta la ventana que Rosa ya tenía abierta. Todo sucedió de forma rápida, limpia y en perfecta sincronía. El insecto voló hacia espacios más acordes con su naturaleza como era el jardín medio abandonado al que asomaba el edificio del que lo lanzaban.

En agradecimiento, la vecina quiso ofrecerle un refrigerio al héroe del día y le invitó a pasar a la sala de estar. Allí, sentada frente a una mesa camilla, estaba doña Candelaria jugando a las cartas. O eso creía él...

César quiso sentarse un momento por no rechazar del todo la invitación y saludó cariñosamente a la madre de Rosa, observando que ésta le daba la vuelta a dos cartas y sonreía.

— Así que nos has salvado del ataque del saltamontes asesino... — dijo doña Candelaria, mirando a su hija con cierta sorna mientras la veía entrar en aquella salita con un refresco en la mano.

— Mamá, no te burles. Ya sabes que no puedo con esos bichos. Nunca sabes hacia dónde van a saltar, ni cuándo.

— Pues es bien fácil, hija. Los saltamontes sólo saltan hacia delante y siempre hacia la luz del sol. Y lo hacen cuando toca, porque siguen su instinto y ese nunca falla —Y volvió a mirar a César, como diciéndole: “Quédate con el dato”.

— Lo que usted diga, madre. —Replicó la hija con una cómica reverencia y salió de la estancia, disculpándose porque le estaba sonando el móvil en la cocina.

César apoyó la espalda en el sillón y sintió un extraño bienestar. La casa olía a una relajante mezcla de romero y lavanda que invitaba a respirar profundamente. Al hacerlo, se agudizaron sus sentidos y se percató de que estaba sonando a bajo volumen una música que le resultaba familiar. Procedía de un tocadiscos antiguo que estaba sobre un mueble de estilo inglés al otro lado de la sala. Levantó la cabeza en un gesto espontáneo con el que intentaba afinar su oído e inmediatamente reconoció la inconfundible melodía de aquella trompeta: “Il Silenzio”, de Nini Rosso (\*). Doña Candelaria, advirtió el gesto de su joven vecino (obviamente todo el mundo le parecía joven), y canturreó un pequeño fragmento de la canción:

— *Amor te ne vai. E tanto triste e tu lo sai. Che giorni inutili. Vivrò pensando a te...*

— Vaya, ¡qué bien canta usted! Y además en perfecto italiano —expresó César, gratamente sorprendido.

— Qué va, mi niño. —respondió doña Candelaria, con cierta modestia. —Siempre escucho esta canción el día de mi santo. Me trae muy buenos recuerdos...

— Pues muchas felicidades por su santo... y por su buena memoria —añadió César, envuelto ya en el ambiente atemporal que comenzaba a pincelarse en aquel escenario.

— El silencio tiene dos caras, —declaró repentinamente la madre de Rosa, clavando su mirada de chamana indígena en los ojos de César— una amable y otra falsa y dolorosa. Cuando guardamos un silencio impuesto por la dictadura de nuestra mente, estamos enjaulando nuestra alma. Y si castigamos a otra persona con nuestro silencio e indiferencia fingida, por miedo al sentimiento que nos despierta, entonces cometemos un pecado mayor que el que tratamos de evitar. Porque enjaulamos un alma ajena y la condenamos al dolor del rechazo y el

abandono. Mira, —le dijo con firmeza, mostrándole las dos cartas que tenía volteadas sobre la mesa— el Diablo... y el Loco.

César se incorporó, boquiabierto, contemplando aquellas cartas que había dado por hecho que no eran más que simples naipes de juegos de mesa. Doña Candelaria le explicó que aquellas bellísimas cartas del Tarot habían sido diseñadas por Salvador Dalí en los años setenta. Tras el dato cultural, la recién descubierta vidente, prosiguió su 'lectura' espontánea:

— Veo que estás ante un dilema que te atormenta. Un camino te ata y otro te libera. Tendrás que aprender a discernir. La vida te está gritando por dónde van los tiros pero tienes que descubrir por ti mismo las señales. Recuerda que una cosa son los objetivos de nuestro ego y otra muy distinta el propósito de nuestra vida, que es como una canción que sólo puede ser interpretada por la voz de nuestro corazón. No reduzcas un reencuentro de almas a una burda interpretación de mera 'tentación'. Ese es el diablo jugando con tu mente, aflorando tus miedos y tus prejuicios. No rechaces una luz que te está cegando por la pureza de su brillo. Ajusta tu enfoque para que puedas ver cómo se ilumina tu camino.

A César se le abrieron los ojos más de lo que sus párpados podían soportar. Aquella escena le parecía más propia de un sueño que de la realidad. Su mente racional, encontró instantáneamente un resquicio por donde restar presión emocional al momento y recordó que Rosa le había comentado, en alguna ocasión en la que habían coincidido en el ascensor, que su madre sufría episodios de ligeros trastornos de personalidad con tintes esquizotípicos. Solía hablar con fantasmas de vez en cuando y predecía acontecimientos que aseguraba leer en sus cartas del Tarot. Sin embargo, al mirar a los ojos a aquella mujer durante unos segundos, sintió que tal vez... él era el más trastornado de los dos.

Rosa volvió al rescate y César se despidió de las dos mujeres. Doña Candelaria, le guiñó un ojo y le dijo:

— Confía en tu instinto, mi niño. Él te dirá cuando es el momento de dar el salto. Ábrete a las señales que te enviarán los ángeles...

Rosa acompañó a César hasta la puerta y le confesó divertida que su madre hoy estaba “especialmente inspirada”. Él sonrió y trató de disimular la sacudida emocional que le había supuesto aquella breve conversación que jamás olvidaría. La liberación de aquel saltamontes, le había situado en el punto de partida de un camino iniciático por el que sabía que tarde o temprano tendría que transitar porque siempre supo que no estaba hecho para seguir rutas marcadas.

Aquella noche sintió vértigo y una extraña paz al mismo tiempo. No sabía cómo, pero encontraría la manera de romper aquel silencio injusto. Correría el riesgo de parecer un loco. Tal vez no lo pareciera, y simplemente lo fuera. Al fin y al cabo, el mundo necesita a los locos porque “los locos abren los caminos que más tarde recorren los sabios” (\*).

María Pérez © 2021

Fotografía: © Luis Beltrán

(\*) Il Silenzio. Nini Rosso, 1966. <https://bit.ly/3oJgOdS>

(\*) “Los locos abren los caminos que más tarde recorren los sabios”. Note Azzurre (Notas Azules). Carlo Dossi, 1911.